



IMPULSEMOS LA INTEGRACIÓN Y LA UNIDAD DE NUESTROS PUEBLOS

Leopoldo Zea

Carlos Véjar Pérez-Rubio

Oscar Pino Santos

Magdalena Galindo

Julio A. Millán B.

Armando Labra M.

Enrique Brito Velásquez

Horacio Labastida

Mauro Jiménez Lazcano

Jesús González Schmal

Jesús Hernández Garibay

José Moncada Sánchez

Cuahtémoc Cárdenas

Fernando Paz Sánchez

Lino Martínez Salazar

Ana I. Mariño

Alonso Aguilar Monteverde

Asociación por la Unidad
de Nuestra América, A.C.

México, 2002



IMPULSEMOS LA INTEGRACIÓN Y LA UNIDAD DE NUESTROS PUEBLOS

Leopoldo Zea
Carlos Véjar Pérez-Rubio
Oscar Pino Santos
Magdalena Galindo
Julio A. Millán B.
Armando Labra M.
Enrique Brito Velásquez
Horacio Labastida
Mauro Jiménez Lazcano
Jesús González Schmal
Jesús Hernández Garibay
José Moncada Sánchez
Cuauhtémoc Cárdenas
Fernando Paz Sánchez
Lino Martínez Salazar
Ana I. Mariño
Alonso Aguilar Monteverde

ASOCIACIÓN POR LA UNIDAD DE NUESTRA
AMÉRICA-MÉXICO, A.C.

CENTRO MEXICANO DE ESTUDIOS SOCIALES
DEBATE-REFLEXIÓN-PROPUESTAS, A.C.

*Impulsemos la integración y la unidad de
nuestros pueblos, Varios autores*

© Asociación por la Unidad de Nuestra
América-México, A. C.

© Centro Mexicano de Estudios Sociales
Debate-Reflexión-Propuestas, A. C.

Av. Universidad No. 771, Despacho 103,
Col. Del Valle, México, D. F.

C. P. 03100

Tel.: 56 88 65 64

Fax: 56 88 68 68

<http://www.aunamexico.apc.org>

Email: aunamex@laneta.apc.org

CONTENIDO

PRESENTACIÓN	7
<i>Leopoldo Zea</i> FILOSOFAR DESDE LATINOAMÉRICA FILOSOFAR DE EXCELENCIA	13
<i>Carlos Véjar Pérez-Rubio</i> LA PATRIA GRANDE. Algunas consideraciones sobre la integración de Nuestra América	23
<i>Oscar Pino Santos</i> DESARROLLO, INTEGRACIÓN Y CULTURA	39
<i>Magdalena Galindo</i> NO UTOPIÍA, NECESIDAD DE SOBREVIVENCIA	55
<i>Julio A. Millán B.</i> PROSPECTIVA TECNOLÓGICA PARA IMPULSAR LA INTEGRACIÓN DE AMÉRICA LATINA	65
<i>Armando Labra</i> REINTEGRAR, PULVERIZAR. ANGLOAMÉRICA O NOSOTROS	75
<i>Enrique Brito Velásquez</i> DEMOCRACIA Y SOCIEDAD CIVIL EN MÉXICO	95

- Horacio Labastida*
LATINOAMÉRICA EN EL LABERINTO:
¿COMO SALIR? 105
- Mauro Jiménez Lazcano*
LA CRISIS GLOBAL DE AMÉRICA LATINA 109
- Jesús González Schmal*
TODAVÍA PUEDE MÉXICO RECUPERAR
A LATINOAMÉRICA 115
- Jesús Hernández Garibay*
INTEGRACIÓN, POSIBLE SÓLO DESDE
ABAJO 121
- José Moncada Sánchez*
HACIA UN DIFERENTE ESTILO DE
INTEGRACIÓN LATINOAMERICANA 133
- Cuauhtémoc Cárdenas*
INTEGRACIÓN SOBERANA O
SUBORDINACIÓN 149
- Fernando Paz Sánchez*
INTEGRACIÓN LATINOAMERICANA
OBJETIVO Y PROCESO 155
- Lino Martínez Salazar*
LA ORGANIZACIÓN POPULAR DE BASE,
UN ARMA SORPRENDENTE 159
- Ana I. Mariño*
ES URGENTE LA INTEGRACIÓN
LATINOAMERICANA 163
- Alonso Aguilar Monteverde*
PODEMOS HACER ESTO Y MÁS. . . 171

PRESENTACIÓN

AUNA-México y el Centro Mexicano de Estudios Sociales coincidieron en que, cuando tanto se insiste en que el mercado, el libre comercio y en particular el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), que promueve Estados Unidos, serán la solución a nuestros más graves problemas, trabajar en un libro colectivo sobre cómo impulsar la integración y la unidad de nuestros pueblos sería muy oportuno y útil; y a esa convicción obedece este volumen.

El material que aquí se ofrece al lector es diverso e incluye ensayos en los que se repasa en problemas generales de diferente naturaleza, así como textos que se ocupan de medidas concretas y prácticas que podrían contribuir a fortalecer y llevar adelante la integración regional de Nuestra América.

Las opiniones de los autores son diferentes y responden a distintas posiciones políticas y perspectivas de análisis. Y lo que no deja de ser significativo es que, pese a ciertas discrepancias coinciden en que la integración no sólo es viable sino que puede ser muy importante, si se la vincula estrechamente al desarrollo y se la ve como un proceso de largo alcance, que rebasa con mucho lo propiamente económico y, desde luego, lo meramente comercial.

Una nota distintiva de los materiales que se ofrecen en este libro es la atención que se presta a los componentes culturales. Si tenemos raíces históricas y culturales comunes, se dice, ahora es cuando debiéramos hacerlas valer, a fin de que en vez de ser arrastrados

por fuerzas cuyos intereses son ajenos y a menudo incluso contrarios a los nuestros, abramos caminos propios y nuevos que ayuden a desarrollar nuestras economías y a afirmar y enriquecer nuestra identidad cultural.

El llamado en tal sentido no se ampara en un nacionalismo estrecho y excluyente. Si bien el respeto a lo nacional y el enaltecimiento de ciertos genuinos valores culturales es necesario ante la globalización en marcha, una verdadera integración regional latinoamericana puede internacionalizar y fortalecer nuestra acción y ser la respuesta a las políticas neoliberales en boga, que aun no reconociéndolo expresamente, en el fondo creen que la cada vez mayor dependencia del capital extranjero será lo que resuelva nuestros mayores problemas.

Al reapreciar lo que caracteriza a la integración latinoamericana, junto a dar a lo cultural la atención que merece, se reconoce asimismo la significación de ciertas acciones jurídico-políticas, es decir, la necesidad de pensar en cambios que afectarán aspectos importantes del régimen constitucional y del derecho internacional, como sería el caso si los gobiernos acordaran crear una Comunidad Latinoamericana de Naciones, lo que sin duda rebasaría los marcos en que hasta ahora se desarrolló el proceso de integración.

La integración latinoamericana que se inicia desde principios de los años sesenta, y en los noventa adquiere mayor importancia, sobre todo con la creación del MERCOSUR, debe desenvolverse en nuevos y más amplios marcos a partir del convencimiento de que, sin perjuicio de remover trabas y restricciones innecesarias cuando estorben un intercambio de bienes y servicios que a todos beneficie,

nuestros países no deben ya proceder de manera aislada y dispersa. Como lo están haciendo otras naciones, tenemos que conjugar esfuerzos, integrarnos y apoyarnos mutuamente, así como construir una estrategia de desarrollo que nos permita utilizar mejor al potencial de recursos de que en conjunto disponemos. En otras palabras, la integración de Nuestra América no supone, en modo alguno, dejar de lado lo propiamente nacional, pues dentro de cada país seguirán librándose las luchas centrales, ni tampoco significa menospreciar las relaciones con los países más desarrollados, sean éstos Europa Occidental, Estados Unidos y Canadá, o Japón y los nuevos países industriales de Asia.

Con frecuencia se piensa que la conjugación de esfuerzos y el hacer con otros países lo que antes cada uno realizaba por sí solo, entraña una reducción de la soberanía nacional. Discrepamos de esa opinión. La soberanía no es un dato dado; es una categoría histórica, o sea un concepto no absoluto ni invariable sino siempre en proceso de cambio. La soberanía nacional seguirá estrechamente ligada y dependerá de la soberanía del pueblo; por lo que éste deberá ser capaz de ejercerla en las diferentes formas que una cambiante realidad reclame. Y en un momento como el actual, lo más inaconsejable sería proceder aisladamente.

Desde luego tampoco estamos de acuerdo con quienes piensan que en el globalizado mundo de nuestros días, de hecho ha desaparecido la soberanía e incluso está a punto de hacerlo el Estado-nación y sólo es viable lo que hacen, en su beneficio, las grandes potencias. Sin menospreciar lo que significa la dominación de los más fuertes, la profunda de-

pendencia sobre todo de países subdesarrollados como los latinoamericanos y caribeños, y lo difícil que sin duda es avanzar en tales condiciones, estamos convencidos de que este no es el fin de la historia, de que, pese a todo, se puede avanzar, y de que una genuina integración regional, y desde luego una transformación social que permita remover los mayores obstáculos, contribuirán a hacer posible el desarrollo independiente que hasta aquí no conseguimos.

Oponerse a las políticas neoliberales es necesario pero no suficiente. Aun cuando los hechos demuestran que tales políticas no han tenido éxito, lo que más las favorece es la creencia muy extendida fruto de una propaganda ideológica tenaz que ha logrado convencer a muchos, de que pese a sus limitaciones y fallas tales políticas son las únicas viables en el mundo de nuestros días. Intentar poner en práctica una política diferente, se dice, es quedar al margen de la globalización y sus ventajas, debilitar la posición competitiva, no tener acceso a los grandes mercados y no atraer la inversión extranjera necesaria ni contar con el apoyo de los organismos comerciales y financieros internacionales. Lo que nunca se aclara es por qué, entonces, no pocos países de aquellos que con más entusiasmo pusieron en práctica políticas neoliberales aperturistas y privatizado la mayor parte de las empresas antes públicas, en realidad debilitaron sus economías, sólo crecieron lenta e inestablemente y aun cayeron en el estancamiento y sufrieron crisis devastadoras. Argentina, por ejemplo, en donde los neoliberales aseguraban que había quedado atrás la inestabilidad monetaria y la crisis, estuvo a punto de desplomarse y ha vivido uno de los momentos más difíciles de su historia.

Mientras algunos repiten dogmáticamente que sólo es viable lo que hacen los más conservadores, otros sostienen que la integración latinoamericana, y lo más probable es que lo mismo piensen de un desarrollo independiente, es utópica e imposible. Por fortuna ni una ni otra cosa es verdad. Lo que sí es cierto es que, como lo demuestra la historia, ningún país se ha desarrollado gracias al funcionamiento espontáneo del mercado o al libre comercio.

Hoy es necesaria, como nunca antes, una política industrial que promueva y refuerce el desarrollo. Es necesaria incluso una estrategia de largo plazo, que permita superar formidables obstáculos. Y esa estrategia no se decretará burocráticamente, de arriba abajo. Tendrá que ser forjada por cada pueblo, y ya no en forma aislada sino en cooperación con otros.

La contribución que la integración regional y la unidad de nuestros pueblos pueden hacer en tal sentido es muy grande. Para ello, sin embargo, es preciso trabajar de nuevas y más eficaces maneras; no repetir las viejas políticas que ya fracasaron, y entender que tal tarea no es privativa de ningún pequeño grupo y que reclamará la acción de millones de personas. Por eso es tan importante contar con gente preparada y crear conciencia de que, pese a todo lo que hoy se opone a nuestro progreso, podemos avanzar, podemos ser independientes y libres si luchamos resueltamente y tenemos claro qué hacer y cómo. Lo que es inaceptable es que estemos ante el fin de la historia, ante un callejón sin salida, en el que sólo podamos esperar más pobreza, desigualdad, abandono, dependencia, criminalidad y violencia.

Hace unos días se anunció que la ciudad de Puebla será la sede del ALCA. Sentimos pena al saberlo,

porque en cierto modo ello equivale a querer convertir la Puebla libre de Ignacio Zaragoza en la Puebla de Bush, esto es en una ciudad sometida a los poderosos intereses extranjeros que tratan de abrirse paso a través del Plan Puebla-Panamá. Pero como Puebla derrotó un 5 de mayo inolvidable a los invasores franceses, confiamos en que en este nuevo siglo no renunciará a luchar por su libertad e independencia.

AUNA-México, A. C.

Centro Mexicano de Estudios Sociales, A.C.

PODEMOS HACER ESTO, Y MÁS. . .

Alonso Aguilar Monteverde

¿Qué podemos hacer, nos pregunta AUNA México, para avanzar en el proceso de integrar regionalmente y unir a nuestros pueblos? Probablemente, más de lo que casi siempre pensamos; lo que desde luego no significa que el camino por recorrer sea despejado y fácil. Sabemos que no hay atajos ni caminos cortos y que habrá que superar tenaces obstáculos, cambiar una desfavorable correlación de fuerzas y tener claridad acerca de lo que queremos; expresarlo en metas precisas y bien definidas y establecer desde un principio cómo pretendemos alcanzarlas.

Podríamos seguramente mencionar numerosas posibles acciones a nuestro alcance. Pero en vez de ofrecer una larga lista de ellas, me limitaré a destacar unas cuantas, en las que sería importante avanzar.

Una primera que habitualmente damos por su-puesta o dejamos de lado y que sin duda es fundamental, consiste en que si no nos conocemos, no podremos integrarnos ni unirnos. Y la verdad es que no nos conocemos; ni siquiera conocemos a países geográficamente cercanos y aun vecinos. Pues bien, ¿cómo conocernos mejor unos a otros? Una primera vía para lograrlo es la escuela. Desde la primaria hasta los estudios superiores debiéramos prestar atención a Nuestra América, es decir Latinoamérica y el Caribe, pero desafortunadamente no es así.

Cuando yo fui estudiante rara vez se hacía, incluso en la Universidad, referencia a América Latina. Se nos hablaba principalmente de Europa, y casi siempre desde una perspectiva europeizante e incluso eurocéntrica. Como han pasado muchos años desde entonces, temiendo que mi visión fuera ya anacrónica e invigente, antes de escribir estas líneas me acerqué a varios jóvenes y a otras personas familiarizadas con los planes de estudio actuales a distintos niveles, y las opiniones que recogí coincidieron, en esencia, en que las cosas no han cambiado, o sea que Latinoamérica y el Caribe siguen sin estudiarse seriamente.

Por eso yo diría que desde que un niño entra a la escuela, debiera saber que somos parte de Latinoamérica, que como lo pensó Bolívar ella es nuestra "patria grande", y que desde entonces, y sobre todo a partir de la secundaria, empezara a interesarse en la historia, la geografía, la economía, las letras, el arte, la cultura y la vida toda de Nuestra América. Y al estudiarse el desarrollo de México, en vez de vérselo como un país aislado, se le situara en ese marco y se comprendiera que aparte del idioma y una identidad cultural análoga, entre otros rasgos comunes somos un país excolonial, subdesarrollado y dependiente, y que, sin perjuicio de mantener relaciones bilaterales y tener un importante intercambio con las grandes potencias, en el internacionalizado mundo de nuestros días, el integrarnos y unirnos regionalmente como una comunidad latinoamericana de naciones es condición del desarrollo y nuestra mejor respuesta a un capitalismo globalizante, injusto y desigual, que se extiende y profundiza de hecho en todo el planeta.

Otra vía para conocernos mejor consiste en que promovamos el conocimiento directo y mutuo de

nuestros países, lo que podemos hacer de diversas maneras. Por ejemplo debiera interesarse a un número cada vez mayor de mexicanos para que conozcan países hermanos, y lo mismo hacerse en éstos. A ello podría contribuir poner en marcha programas de intercambio en múltiples campos, otorgar becas para estudiar en esos países y ampliar las facilidades que ya han permitido que millares de jóvenes de otras naciones estudien, sobre todo en México, Argentina y Brasil; dar descuentos sustanciales en medios de transporte, alojamiento y otros servicios; realizar conjuntamente una labor de promoción turística para que se conozcan no sólo ciertos países sino Latinoamérica y el Caribe en conjunto, y pensar en la posibilidad y conveniencia de conceder créditos para viajar a nuestros países, a pagarse en plazos medios y largos, con bajas tasas de interés.

Otra manera de conocernos mejor sería editar y coeditar multinacionalmente cuadernos y pequeños libros que se publiquen en grandes tirajes y se vendan a precios muy bajos, en los que se dé cuenta de países hermanos y se destaquen aspectos importantes de su evolución reciente y su situación actual. Algunas publicaciones podrían referirse a la vida y obra de grandes pensadores, artistas, escritores, dirigentes políticos latinoamericanos, de hombres y mujeres, y otras, recoger datos atractivos e interesantes de nuestras grandes ciudades, universidades, sitios turísticos importantes, centros arqueológicos, así como cine, música y deporte. Y sin perjuicio de lo anterior y otras actividades análogas, hoy no sería difícil y sí muy útil crear nuevas redes en campos en los que son necesarias y aún no existen, así como abrir páginas sobre temas latinoamericanos en Internet, y

preparar videos y videoconferencias, en que destacados latinoamericanos dieran su opinión sobre problemas comunes y otros temas.

Algo que incluso puede parecer obvio e innecesario es explicar en qué consiste la integración regional, por qué se requiere, y cómo, no obstante limitaciones y dificultades, podemos avanzar en ese proceso.

Un primer error, por cierto bastante extendido, es creer que la Integración es sólo económica y aun meramente comercial. No son pocos los que la identifican con la creación de zonas de libre comercio, y consideran que una política aperturista lleva a la integración, sin darse cuenta de que, en la práctica, más bien puede conducir a una mayor desigualdad e incluso a una creciente desarticulación.

Aun pensando solamente en lo económico, la integración regional de nuestros países podría ir mucho más lejos que hasta ahora; pero ello supondría entender que el mercado y el libre comercio no son, como creen los neoliberales el eje central del proceso; éste es más bien el desarrollo, visto como un fenómeno multidimensional, y cuyo impulso y fortalecimiento requiere de una estrategia que permita movilizar, hacer crecer y utilizar mejor todos los recursos.

El solo hecho de realizar conjuntamente, y no en forma aislada, ciertas actividades, ampliará sensiblemente la dimensión de lo que se haga. Y en no pocos campos hay espacios y condiciones propicias para ello. La acción conjunta y el apoyo mutuo son hoy necesarios para superar ciertos obstáculos, modernizar la infraestructura productiva y hacer frente a una crisis realmente global que afecta a todos. A menudo vemos la relativa desterritorialización y el des-

plazamiento de las relaciones sociales más allá de las fronteras de cada país, solamente como una amenaza, y no advertimos que ello puede, también, abrirnos mayores posibilidades de cooperación y de conjugación de esfuerzos.

En años pasados, en el marco de políticas sustitutivas de importaciones se logró, sobre todo en ciertos países, producir bienes de consumo que antes se importaban, principalmente de las naciones industriales. Pero nuestras importaciones de bienes intermedios y de capital crecieron con rapidez y aun peligrosamente, lo que acentuó la dependencia. El problema es tan grave que aun en países como el nuestro, en que la exportación aumentó como nunca antes, se ha venido operando con un déficit comercial porque lo que se vende no alcanza para pagar lo que se compra a otros países. Algunos piensan que, como ocurrió años atrás con ciertos artículos de consumo, procediendo aisladamente podremos producir lo que nos falta. No reparan en que los bienes intermedios y especialmente los bienes de capital reclaman cuantiosas inversiones, tecnologías más complejas y costosas, personal más calificado y mayores mercados.

Pues bien, ¿no será este el momento de saber cuáles de esos productos, pese a las exigencias que plantean, sin volver a las viejas políticas y al excesivo proteccionismo de entonces, podrían ser producidos por nosotros, sí dos o más países conjugan esfuerzos y se apoyan mutuamente? ¿por qué no abrir nuevos y más anchos horizontes para impulsar, reorientar y fortalecer el desarrollo, y ampliar las fuentes de empleo, de producción y de ingreso?

Como decía recientemente el economista argentino Eric Calcagno, “.. frente al vaciamiento de

Aerolíneas (Argentinas) y VIASA, (venezolana), ¿por qué no pensar en una línea aérea de varios países latinoamericanos?";¹ por qué no impulsar "... la investigación científica en materia de biotecnología?. (Y) los ejemplos se multiplican en cuanto se considere cualquier actividad." Inclusive podría pensarse en nuevas formas de cooperación financiera, tecnológica y organizativa, y en que algunas grandes empresas latinoamericanas, sin perjuicio de competir entre sí, se apoyaran unas a otras, para realizar conjuntamente actividades importantes para el desarrollo regional.

A diferencia de lo que acontecía, digamos hasta hace unos decenios, en que las pequeñas y medianas empresas seguían siendo muy importantes, varias centenas de grandes grupos empresariales son hoy, al menos en los principales países de nuestra región, las mayores fuentes de capital, producción, ingreso e incluso empleo. Pero aunque pesan cada vez más en nuestras economías, en general falta claridad acerca del papel que deben jugar en la integración y el desarrollo, y tampoco está clara la función del Estado y de la inversión pública. Todo ello debiera precisarse cuanto antes, sin perjuicio de apoyar a las pequeñas y medianas empresas de diversas maneras.

Al margen de lo que podría hacerse en lo económico para llevar adelante la integración, acaso un campo aún más prometedor es el propiamente cultural. De la cultura y su importancia se habla a menudo, aun cuando casi siempre de manera retórica

¹ "América Latina dentro de la Globalización", ponencia presentada en la Conferencia del SELA, XV Reunión de Directores de Cooperación Internacional de América Latina y el Caribe. Montevideo, marzo 11 de 2002.

y convencional. Nuestro patrimonio cultural es indudablemente rico, pero en general se le desconoce y menosprecia, y bajo la influencia de la ideología dominante muchos creen que lo que viene de otros países es siempre superior a lo nuestro. Al respecto, sin caer desde luego en posiciones estrechas y menos aún chovinistas ni cerrar las puertas a una comunicación e intercambio que nos son necesarios y pueden ser enriquecedores, debiéramos recordar pasajes de nuestra historia que muestran que inclusive en las condiciones más adversas logramos no pocas veces superar grandes obstáculos y salir adelante. Debíamos conocernos mejor a nosotros mismos, esto es lo que somos y lo que nuestra identidad cultural tiene de común y de diverso y cómo podríamos afirmarla. Y al pensar en la cultura debiéramos entender que no es algo elitista y de salón, sino una expresión fundamental de nuestra vida cotidiana, esto es de lo que hacemos para ganarnos la vida, de lo que pensamos y de lo que quisiéramos ser y hacer.

Conocer mejor lo que es hoy Latinoamérica tendría seguramente significación cultural. Nos permitiría descubrir y redescubrir valores, principios, ideales, prácticas, costumbres, limitaciones y modos de ser, cuya diversidad y rasgos comunes expresan la rica cultura de nuestros pueblos. Y si conociéramos un poco de su historia, de su literatura y concretamente su poesía, de su música y artes plásticas, de sus artesanías populares, de su trabajo diario y qué hacen en su tiempo libre, no sólo sabríamos más de los pueblos hermanos, sino que se multiplicarían las posibilidades de hacer juntos muchas cosas, porque en numerosas actividades podemos cooperar, conjugar esfuerzos y apoyarnos mutuamente. Y a la vez

hacer todo ello espontáneamente y en forma aislada sería difícil y aun imposible, de ahí la importancia de una genuina política cultural latinoamericana y latinoamericanista.

Aquí, sin embargo, cabría subrayar que el nacionalismo cultural que hoy se requiere es uno que rebase la visión burguesa tradicional, que no se identifique con la preservación del orden social existente, que acepte y aun promueva una transformación profunda, que incorpore a los pueblos indios y respete su cultura y sus derechos, y entienda que lo nacional no debe aislar a nuestros pueblos de sus hermanos sino acercarlos a ellos y hacer que todos comprendan la necesidad de unirse.

Aun si la integración se limita a crear zonas de libre comercio entre dos o más países, es preciso suscribir ciertos acuerdos internacionales. Y si se la concibe como un proceso de mucho mayor alcance y profundidad, entonces resultaría necesario realizar reformas jurídicas y políticas, que rebasan lo que hasta aquí se ha hecho.

Por ejemplo, si como ha ocurrido con la Unión Europea, pensáramos en nuestra región en crear una Comunidad Latinoamericana de Naciones, es decir una especie de confederación en la que, teniendo cada país su propia Constitución, sus órganos de gobierno y el derecho de elegir su forma de organización social y política, fuera a la vez parte integrante de esa Comunidad, actividades que hoy se realizan aisladamente por cada país, serían probablemente acciones conjuntas, y todo ello traería consigo importantes modificaciones en el régimen jurídico y político, y tanto en materia de Derecho Constitucional como Internacional.

Algunos podrían pensar que tales modificaciones serían lesivas a la soberanía nacional, mas lo cierto es más bien lo contrario. Hoy, bajo la llamada globalización y las políticas neoliberales, las condiciones que imponen las grandes potencias a los demás países, y las exigencias de los poderosos organismos financieros internacionales, y desde hace poco tiempo de la recién creada Organización Mundial del Comercio, son con frecuencia restrictivas y limitantes. Lo son porque se imponen desde afuera y en realidad por la fuerza, sin la participación real de los países que a la postre resultan dañados por ellas. En una genuina integración latinoamericana y caribeña las cosas serían muy diferentes y aun opuestas, porque cada nación decidiría, en ejercicio de soberanía, lo que acepta hacer con las demás. Para entender lo que ello significa, sería preciso tener presente que en el mundo de nuestros días los países económicamente subdesarrollados, débiles, pobres y cada vez más dependientes encuentran muy difícil ejercer su soberanía si proceden en forma aislada. En cambio, actuando conjuntamente con otros seguramente tendrían mayor capacidad de negociación, una mejor inserción en la economía mundial y la posibilidad de reorientar y fortalecer su desarrollo independiente, en respuesta a los intereses de sus pueblos.

Todo ello deja ver con claridad que los principales problemas por resolver son propiamente políticos, y el más importante de ellos es si persistimos en el propósito de ser países soberanos e independientes, o si, ganados por quienes creen que la independencia es ya imposible, aceptamos que otros, y en particular los Estados Unidos decidan nuestro destino. En el fondo ello es lo que hoy se debate en torno a la

integración latinoamericana y el proyecto norteamericano de un Área de Libre Comercio para las Américas (ALCA).

Si se opta por el primer camino tendría que reconocerse que hay mucho por hacer. Entre otras cosas: fortalecer el Grupo de Río; ampliar y enriquecer los diversos esquemas subregionales de integración, avanzar hacia la integración política latinoamericana y caribeña; y comprender que al margen de los avances que logren tales esquemas y proyectos, la acción conjunta y la estrecha cooperación de Brasil, México y Argentina es fundamental.

Quienes creen que la subordinación a Estados Unidos en el marco del ALCA es lo único posible, expresan a menudo que esfuerzos regionales como el Plan Puebla Panamá y otros similares son pasos importantes, no hacia la integración latinoamericana, sino hacia la formación de una zona de libre comercio hemisférica, dominada por Estados Unidos.

Esto, nada menos, es lo que está en juego. Y en mi opinión no sólo no es el ALCA lo que resolverá los más graves problemas, sino que si nos limitamos a oponernos a esa política monroista norteamericana, no tendremos éxito.

El tiempo apremia. No es hora de cruzarnos de brazos y esperar. Sobre todo de aquí a diciembre de 2005, o sea la fecha prevista para la implantación del ALCA, impulsemos nuestra verdadera integración regional; demostremos en la práctica que ésta puede hacer lo que el ALCA no hará, y asignemos a esa integración la más alta prioridad. Y, cuando hayamos logrado integrarnos políticamente, invitemos a Estados Unidos, a la Unión Europea, a Japón y los países más industrializados de Asia oriental, a estable-

cer nuevas y más equitativas relaciones que convengan a todos y contribuyan a crear un mejor y menos injusto orden mundial.

Una genuina integración latinoamericana y caribeña es hoy condición de nuestro desarrollo. Y aunque tal integración es todo menos fácil, por fortuna tampoco es imposible. Pero a fin de lograr una y otro es preciso llevar adelante la transformación social. Bajo el desigual e injusto capitalismo que padecemos no podremos liberarnos. Para avanzar será preciso realizar cambios profundos, reformas realmente estructurales, y no los conservadores ajustes palaciegos que el FMI y el Banco Mundial intentan hacer pasar como reformas profundas, y que en realidad son pequeños cambios para que todo siga igual. Afortunadamente es falso que lo único viable en nuestros días es la injusticia, la desigualdad, la pobreza de millones de seres humanos, la corrupción, la inseguridad y el crimen organizado. Inclusive mucho de lo que hasta aquí fue imposible, empieza a ser posible. Y otra cuestión que conviene tener presente desde ahora, es que la integración no se hará de arriba abajo, burocráticamente y sólo por los gobiernos. La gente tiene en ella un papel fundamental, hombres y mujeres, jóvenes y viejos; los ciudadanos todos tienen que comprender que el esfuerzo para unirse es una lucha, y que, como en otros procesos y decisiones importantes, ellos tienen que participar y hacerse oír. Lo que en otras palabras significa que la causa de nuestra unidad se vincula estrechamente no sólo a la lucha por la independencia nacional sino también por la democracia y por asegurar una vida digna para todos.